

LIBROS

RICHARD BONNEY (2008). *FALSE PROPHETS: THE 'CLASH OF CIVILIZATIONS' AND THE GLOBAL WAR ON TERROR*. OXFORD: PETER LANG, 332 PÁGS.

LA FALSA PROFECÍA DEL «CHOQUE DE CIVILIZACIONES»

Ahora que el frustrado atentado en el avión con destino a Detroit ha reverdecido el debate sobre el terrorismo islamista, el todavía potencial peligro de al-Qaeda y otras cuestiones relacionadas con el tortuoso vínculo entre islamismo y Occidente, puede ser interesante recordar algunas de las discusiones habidas sobre estos temas. A este respecto, el libro de Richard Bonney constituye un magnífico referente, una especie de cuaderno de bitácora de este debate, que se extiende desde la publicación en 1993 del artículo de Huntington sobre el «choque de civilizaciones» (el libro es de 1996) hasta la aparición del proyecto de Alianza de Civilizaciones promovido por Zapatero y Erdoğan y auspiciado por la ONU. El objetivo de Bonney no es, sin embargo, abundar en el supuesto conflicto de civilizaciones teorizado por el conocido profesor de Harvard, sino en el impacto que sus tesis tuvieron en la «guerra contra el terror» llevada a cabo por la Administración Bush, y colateralmente también por el Reino Unido. De ahí que el núcleo de su obra lo dedique al análisis de «la interacción entre ideología y decisiones políticas (*policy*)», sobre todo después de los ataques del 11 de septiembre de 2001.

El título del libro, *Falsos profetas*, se refiere a todo ese conjunto de personajes, que ya sea desde el mundo académico o desde las decenas de *think tanks* conservadores, contribuyeron a crear el ambiente propicio para asociar el islam al nuevo rostro del enemigo una vez derrotado el adversario soviético y el socialismo de Estado. A este respecto la contribución de Huntington, uno de los más prestigiosos politólogos mundiales, fue decisiva. Sobre todo porque consiguió dotar de credibilidad académica a un discurso que luego, tras el 11-S, sería el referente fundamental para los tanques de pensamiento conservadores de los Estados Unidos y para amplios sectores de la misma opinión pública de este país, pero no sólo de él. En este sentido constituye un ejemplo de eso que denominamos la «reflexividad» de las ciencias sociales. Es decir, la capacidad que estas tienen para que los actores sociales contemplan el mundo a partir de la forma en la que éste es «explicado» o «presentado» en los estudios sobre la sociedad y la política.

Las tesis centrales de Huntington son bien conocidas. Después de la Guerra Fría el orden mundial se habría construido sobre diferencias «culturales», no sobre ideologías, y en este enfrentamiento cultural es donde se encontraría la sede de los conflictos del presente y del futuro. Además, estas diferencias no podrían aspirar, en principio, a ser aminoradas desde supuestos principios compartidos. A partir de un explícito reconocimiento de «realismo político» se reconoce la imposibilidad de recurrir a una supuesta tradición común de los

derechos humanos capaz de informar las relaciones entre las diferentes culturas. Aquella tradición sería propia, en exclusividad, de Occidente y lo que prevalecería en el mundo es una radical «incomensurabilidad» entre diferentes órdenes culturales o «civilizaciones» que no se dejan domar por el recurso a valores con eficacia universal. El particularismo y las diferencias culturales estarían ahí para quedarse.

Esta constatación es lo que da pie a Huntington para reivindicar la salvaguarda identitaria de Occidente y, correlativamente, el mantenimiento de sus «intereses de civilización». Su preocupación fundamental no reside en afirmar una supuesta superior capacidad de Occidente por haber sido capaz de vislumbrar principios dotados de valor universal. Su preocupación es exclusivamente «estratégica». No se trata de extender el «universalismo occidental» a otros lugares del mundo. Lo que se busca es más bien lo contrario: que la protección de la identidad y seguridad de Occidente —sus «intereses de civilización»— no se vea amenazada por los dos movimientos que supuestamente más la desafían: a) el afán por intervenir en áreas culturales distintas a la occidental para potenciar los derechos humanos (proseguir con este tipo de políticas no conseguiría sino enfrentarlo a otras culturas) y b) el continuo proceso de «multiculturalización» interna. El multiculturalismo en Europa y los Estados Unidos se vislumbra como la gran amenaza para la estabilidad de un bloque cultural en conflicto potencial con otros bloques culturales. El objetivo reside más bien en estabilizar y reforzar la identidad cultural de Occidente en unos momentos de un supuesto declive del credo cristiano, su mayor factor de cohesión cultural. De lo que se trata, pues, es de aceptar la multiculturalidad en el ámbito externo y en negarla hacia adentro, en el propio interior de la cultura occidental. En el fondo se sostiene aquí una concepción de la política que sigue la pauta *schmittiana* de definir los términos del conflicto en clave de amigo/enemigo según la proximidad o lejanía cultural. Su elemento consustancial es, en todo caso, la llamada al mantenimiento de una oposición cuasi existencial e irreducta entre las diferentes unidades político-culturales («civilizaciones»), muy en particular entre Occidente e islam.

Uno de los hallazgos de este estudio de Bonney es que las tesis de Huntington no eran tan originales como se pensaba, ya que la misma expresión de «choque de civilizaciones» y la idea básica que la sostiene habían sido desarrollados por Bernard Lewis (en 1957¹), tema sobre el que este autor luego volvería en los primeros años noventa. Mahdi Elmandjra, director general adjunto de la UNESCO, por su parte, afirmaría en 1992, que la primera guerra del Golfo «puso el escenario para la primera guerra intercivilizatoria» y de Norte-Sur. Y el propio Ben Laden hizo un uso habitual de la expresión para referirse a su propia actividad terrorista.

Con todo, para nuestro autor, casi más importante que el de Huntington, fue el posicionamiento de Bernard Lewis. Este ya viejo historiador del Medio Oriente de la Universidad de Princeton, en cuyo nonagésimo cumpleaños fuera homenajeado por el mismo vicepresidente Dick Cheney, es presentado por Bonney como uno de los principales «falsos profetas». En parte por su doble militancia

como experto y supuesto amante del mundo árabe y, a la vez, como activo alarmista frente a la amenaza del islamismo radical. Que alguien que supuestamente simpatiza con el mundo de su especialidad, que dice conocer como ninguno, advierta a la vez de su peligro para los intereses occidentales es una carta demasiado golosa como para no ser utilizada por lo más granado del neoconservadurismo. En la crítica de Bonney compite, sin embargo, con Daniel Pipes, el escritor, académico y periodista que probablemente más ha hecho por promover la idea de la amenaza *yihadista*, y que entre nosotros todavía asoma de vez en cuando con sus artículos en el diario *La Razón*. Su enunciado de que «los islamistas nos odian por lo que somos, no por lo que hacemos; que no hay esperanza de alcanzar un *modus vivendi* con ellos», pasaría a ser otro de los clichés sobre la supuesta coacción islamista. Y él fue el primero en propagar la idea de que la emigración islámica es poco menos que un caballo de Troya del terrorismo en Europa, idea bien potenciada después por otros como Mark Steyn. La propensión de estos inmigrantes a multiplicarse en sociedades que se describen como casi enfermas por su baja tasa de natalidad sería el principio del fin de Occidente. En todo caso, nadie como él para exagerar ante la opinión pública occidental el peligro del terrorismo global y el islamismo extremista con su quinta columna de inmigrantes de origen musulmán. El debate en torno a la cuestión de la inmigración musulmana es recogido después al final en una de las más interesantes partes del libro, la relativa a cuáles han de ser las políticas de integración de esta minoría y las diferentes versiones que se ofrecen de la misma.

Huntington, Lewis y Pipes, con la presencia estelar y ubicua de Irving Kristol, puede que sean los cuatro nombres propios que más presencia tienen en estas páginas. Los demás protagonistas, dando por supuesto a personajes como Wolfowitz, Perle, Rumsfeld y otros de la camarilla de G. W. Bush, son ya fundamentalmente actores colectivos, desde el lobby judío-americano, la derecha cristiana y los *theo-cons*, a los innumerables *think tanks* que tan efectivamente se encargarían de pergeñar argumentos para empujar a la «guerra contra el terror» o a legitimarla después. A este respecto, sorprende la cantidad de recursos monetarios que están en manos de estas instituciones. El American Enterprise Institute, inspirado por Kristol, dispone de un presupuesto de 24,5 millones de dólares al año, aunque está lejos del más rico, la Fundación RAND, que cuenta con más de 227 millones. Para nuestro autor, sin embargo, el efecto de aquellos que supuestamente más trataron de influir sobre los medios de comunicación y los comités parlamentarios en la línea de las políticas de Bush, como el Project for the New American Century, auténtico nido de neoconservadores, fue menor que el de otros menos beligerantes, como la Heritage Foundation.

Lo más relevante de esta exposición no es ya tanto la actividad de todos estos grupos, cuanto el discurso ideológico que iban afianzando poco a poco. Mucho antes del II-S, Irving Kristol y Robert Kagan ya anticiparon en un artículo de *Foreign Affairs* de 1996 ideas tales como la necesidad de imponer una «hegemonía global benevolente» por parte de los Estados Unidos, puesto que la ausencia de competencia global no aseguraba la paz mundial. Pero también promover un

cambio de régimen en países como Irán, Cuba y China. Más adelante se unirían, claro está, Iraq, Afganistán e incluso un aliado, Pakistán. En definitiva, acabar la labor que frustrara el rápido fin de la primera guerra del Golfo y prepararse para combatir al nuevo enemigo, los países no democráticos que todavía seguían con regímenes marxistas y los islámicos. Y que el medio idóneo para llevarlo a cabo es el intervencionismo, haciendo suya la advertencia original de Lewis de que los «peligros de la no acción son mayores que los de la acción». La puesta en marcha de la «teoría de la guerra preventiva» acabaría de hacer el resto de la labor que conduciría a la conflagración bélica de Iraq, el principio del fin del sueño de una única superpotencia con capacidad para mantener controlados a sus enemigos potenciales a partir de una estrategia unilateral. Curiosamente, Bonney apenas menciona a Leo Strauss como el gran inspirador de todos estos personajes, aunque no niega la posible incidencia de su ideario conservador sobre muchos de sus discípulos.

En cuanto a la derecha religiosa, una vez recuperados de su sorprendente asociación de la segunda venida de Jesucristo con la guerra de Iraq y otras manifestaciones de radicalismo confesional, llama la atención su firme apuesta por los intereses de Israel —«Dios bendice a aquellos que bendicen a los judíos, y Dios maldice a aquellos que los maldicen»— y la forma torticera con la que readaptaron la teoría de la guerra justa a la «guerra de religión» para ajustarla a los requisitos objetivos de la intervención estadounidense en Iraq. Éste es, sin embargo, el capítulo que muestra más a las claras la irracionalidad de algunas de estas propuestas, pero que explica el tono muchas veces religioso de los pronunciamientos del entonces presidente de los Estados Unidos. Recordemos las constantes referencias a la Biblia en las primeras apariciones de Bush después de los atentados del 11-S, la posterior e increíble utilización de expresiones tales como «cruzada», «eje del mal», «misión», el ejercicio de una respuesta al terrorismo en nombre de una «justicia infinita» y destinado a lograr una escatológica «lucha final entre el bien y el mal»; o la propia definición que de sí mismos ofrecen Bush y Ashcroft como «cristianos renacidos». Todo parece indicar que se busca confrontar el desafío del terrorismo islámico radical con valores «cristianos» no menos radicales y asociados a un patriotismo que no es tampoco ajeno a una interpretación religiosa. Los Estados Unidos son interpretados por muchos como «el país de Dios» (*God's own country*) y la «última y mejor esperanza sobre la tierra», que diría Lincoln. Detrás de todas estas manifestaciones se encuentra, lógicamente, la influencia de todo este *lobby*, uno de los más activos en el período inmediatamente anterior al ataque a Iraq.

Al final, el autor hace suyas algunas de las críticas de Fukuyama, inicial simpatizante del posicionamiento *neocon*, al proyecto de sus anteriores correligionarios. El «fracaso de la hegemonía benevolente» obedecería a una sobreestimación de la amenaza para los Estados Unidos del islamismo radical. Y, sobre todo, algunas de las ideas con las que se empeñaron en hacer creíble la estrategia de contención: la creencia de que los Estados democráticos son amigables por naturaleza y que, contrariamente a la advertencia de Huntington, hay que promover la democracia allí donde sea posible; la desconfianza en los procesos de *nation*

building, cuando ésta es, por el contrario, una de las condiciones esenciales para la estabilidad futura; su escepticismo sobre la eficacia del derecho internacional y el multilateralismo; su incapacidad para anticipar la forma en la que el mundo iba a reaccionar al uso del poder de los Estados Unidos; y, por último la teoría de la acción preventiva, proclamada en la *National Security Act* de 2002.

En conclusión, a la vista del fiasco de la intervención estadounidense en Iraq, la tesis fundamental del libro es que no hubo un análisis solvente de la situación social y política en el mundo árabe e islámico; que imperó un exceso de confianza en grupos de «iluminados» que aportaron teorías de dudosa calidad científica, distorsionadas por prejuicios ideológicos antimusulmanes, cuando no por los puros intereses de lobbies específicos, como el proisraelí, la derecha religiosa americana y, desde luego, los conglomerados de la industria armamentística y del petróleo. Si algo falló en la política americana del momento fue la «inteligencia» teórica, el *rational centre*, inerte ante la pujante movilización de todos estos personajes y grupos a los que acabamos de hacer mención. La conclusión no es original, desde luego, pero en el caso del autor que nos ocupa está bien fundada sobre un sistemático análisis de fuentes, que a veces llega casi a irritar por el detalle con el que penetra en cada uno de los temas. Hay mucha información en este libro, más de la que el mismo autor probablemente sea capaz de sistematizar. Pero tiene la capacidad de poner negro sobre blanco la desmesura con la que se abordaron las principales medidas de acción en la «guerra contra el terror». A la postre es un texto que nos muestra el poder de la ideología en la política exterior, aunque falta por saber cuánto hay en verdad de ideología y cuánto de puro cinismo en esta fase de la política estadounidense. Y acabamos como empezamos. Ésta no es una historia a la que se le haya puesto un punto final. Bush puede haber dejado su puesto a alguien mucho más partidario de la multilateralidad y de entrar en un diálogo sincero con el mundo musulmán, pero gran parte de los instigadores de este conflicto de civilizaciones siguen todavía activos. Bastará un nuevo atentado significativo de al-Qaeda para que vuelvan a salir a la luz.

Fernando Vallespín, catedrático de Ciencia Política. Universidad Autónoma de Madrid.